

Luis Goytisolo

Liberación

 Siruela

Nuevos Tiempos

I

Resumen del año

Así como la demolición del interior de un antiguo edificio del que se quiere salvar tan solo la escueta fachada suele suscitar una secreta aprensión entre los viandantes que transitan por las cercanías, debido no ya al peligro de un derrumbe accidental o de desprendimientos, sino, sobre todo, por temor a las miasmas integradas en la estructura material de esa construcción cuyo derribo se está encargando de liberar, efluvios cuya carga de miseria, enfermedad, sufrimiento y desgracia se intuye contagiosa, así la inquietud del ser humano ante cualquier decidida revisión de su pasado individual o colectivo que deje al descubierto la realidad más profunda, más irrevocable. Se trata de un rechazo similar al que despiertan esas toses callejeras que organizan la expresión del que tose como en torno a un embudo, espantados los ojos, mientras los transeúntes se ponen fuera del alcance de tan truculentas exhalaciones, de la imperceptible pero perniciosa envoltura de un cuerpo excesivamente ocupado en no expeler la vida junto con los bacilos como para preocuparse por las apariencias y las formas. Y como esa tos, como algo que salta de dentro afuera, los efluvios malignos que parecen emitir las caras internas del edificio vaciado, el damero de las medianeras visible a través de los yertos huecos de las ventanas, el parcheado residual que testimonia la actividad desarrollada a lo largo del tiempo en los pisos ya desaparecidos, negras tiras de chimenea, zócalos, paños de azulejos, restos de cañerías, despojos que más que con la vida se relacionan con la muerte.

Caso extremo de esta clase de repulsión, al menos para mí, es el que me inspiran los muebles de anticuario, así como los simplemente heredados, cuando no han sido remozados por entero. Los armarios y cómodas que, al ser abiertos, desprenden el olor de las prendas usadas por generaciones de seres que yacieron por última vez en la cama que se nos ofrece para dormir; las perchas de las que habían colgado chaquetas de cuello más o menos gastado, más o menos sobado; las mesitas de noche. El propio oficio de anticuario me parecía de mal agüero, asociado como acostumbra a ir su negocio a la muerte de alguien y, con frecuencia, a la codicia enfrentada de sus herederos, y la opresión incluso física que me producía el interior agobiante y sombrío de este tipo de establecimientos, inútilmente iluminados, según uno se adentra entre los muebles, cuadros y espejos expuestos, por la luz de unas lámparas que antes que aquí habían colgado de otros techos, se me imponía como la materialización misma de ese mal agüero. Aunque supongo que este tipo de sentimientos de rechazo los vengo experimentando desde siempre, me los formulé por primera vez y se los formulé a Magda cuando, a comienzos de nuestra relación, la acompañé a la casa que su familia tiene en el campo, al poco tiempo de que en ella hubiese muerto algún pariente. Los pomos de las puertas, los bordes sobados de las sillas del comedor, los asientos del salón, de cuya tapicería pedos y olores corporales afloraban trocados en una desagradable impresión de frío. Supongo que en La Noguera había experimentado mil veces algo parecido, pero tuve que llegar a una casa que no me era familiar –por no decir que me era extraña– para que, a modo de contrapunto a mi compenetración con Magda, cobrase conciencia de ello.

Lo que repele de esos muebles gastados por el uso, de esa nube de polvo que se revuelve sobre los escombros, es la desdicha de la que enseres y muros han sido testigos, esa gris respiración que acaba por apagarse. Pero, así como el que por su oficio –albañil, arquitecto–, sea o no víctima de tales aprensiones, se ve obligado a terminar por vencerlas, así todo aquel empeñado en conocerse a sí mismo, y solo a partir de ese conocimiento hacer una u otra cosa, tendrá también que vencer el temor

a una introspección llevada a sus últimas consecuencias. Pues, mientras que la vida como fenómeno general referido al cosmos despierta tanto interés como simpatía, no bien restringimos su significado a la existencia concreta del ser humano empieza a suscitar aprensiones y suspicacias, que se convierten en instintivo rechazo cuando de lo que se trata es de desentrañar o intentar esclarecer la realidad íntima del sujeto. Lo normal es que, contrariamente a lo que suele proclamarse, a casi nadie le apetezca verdaderamente indagar demasiado en sí mismo, ahondar hasta los recovecos más recónditos de la conciencia, de forma que solo unos pocos son capaces de convertir esa indagación, con frecuencia ingrata, en conocimiento liberador, susceptible de dotar al sujeto de un margen de autonomía hasta entonces desconocido. La energía generada es similar a la inherente a todo proceso de aproximación amorosa, cuando, llevadas por el deseo de integración, cada una de las partes se adentra en la intimidad de la otra, y las revelaciones a las que accede son, al propio tiempo, oscuras revelaciones acerca de uno mismo. El conocimiento que se deriva, por ejemplo, del inquirir de cada parte acerca de anteriores experiencias amorosas de la otra, responder con precisión implacable, atosigado por los latidos del corazón, a las puntualizaciones pedidas por Magda, pedir a mi vez detalles, imaginar su cuerpo besando y siendo besado por otro, penetrando y siendo penetrado, haciendo exactamente lo que ahora hacemos nosotros solo que visto desde fuera, turbador tumulto de formas que termina por cobrar vida propia.

Todo eso hace de la mujer amada la persona a la que mejor llegamos a conocer, una vida que se integra en nosotros al tiempo que nos integra, no en vano conocimiento carnal y conocimiento son en la Biblia sinónimos. Sería muy equivocado pensar que familiares y amigos, por mucho que no haya secretos para ellos, puedan alcanzar un similar nivel de conocimiento mutuo. ¿Qué saben los hijos de los padres, de cómo eran antes de ser padres? ¿Y de los hijos, tanto más desconocidos cuanto más crecen? ¿Qué sabemos de nuestro nacimiento, de los hechos que en él concurrieron, sino lo que nos han contado, una concatenación aleatoria de acontecimientos cuyo mero enunciado nada explica?

Si yo me llamo Ricardo es por mi tío Ricardo, cuyo padrino, a su vez, parece que también se llamaba así, conforme a la más fortuita de las predestinaciones. Recuerdo la primera vez que cobré conciencia de que mi nombre era algo que me había sido asignado, un descubrimiento que me hizo sentirme orgulloso de mí mismo según volvía a casa canturreando –no tendría entonces más de cinco o seis años–, mi sombra alargándose oblicua al sol de la tarde: el nombre que me había tocado me sonó bien y eso, sumado al efecto de la sombra que me precedía, su paso decidido, me llenó de repentina euforia, y elevé la voz, el tono de lo que estaba cantando, mientras pisaba y braceaba con más fuerza.

La costumbre del padre de Magda de escribir cada primero de enero el balance o resumen del año anterior me interesó desde el principio. Según ella cuenta, esa era la principal tarea de un día en el que había que procurar hacer un poco de todo y que todo saliera bien, a modo de prefiguración votiva de lo que había de ser el año que estaba empezando. A mí, antes que una reseña de fechas o hechos, me parece preferible el esbozo del estado anímico del momento, de los pensamientos o preocupaciones dominantes, fruto de lo acontecido a lo largo del año recién terminado.